

CONTRA LA
DESLEGITIMACIÓN
UNIVERSAL
DEL PASADO

Entrevista a Giovanni Levi

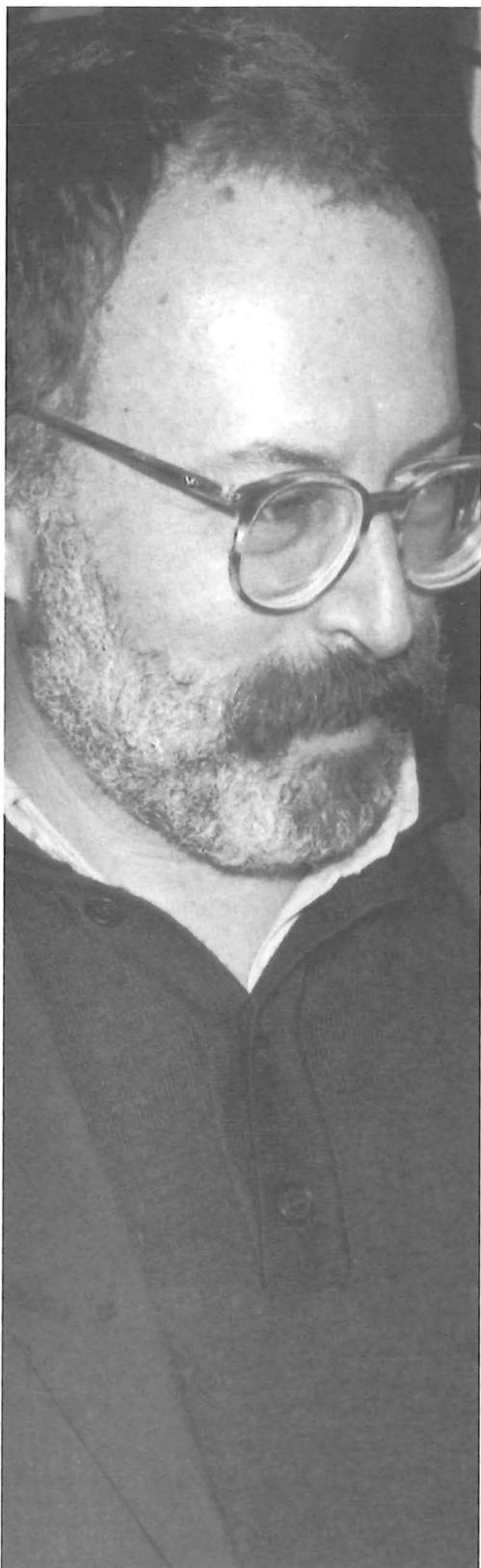
*realizada por Antoni Furió
y Gustau Muñoz*

Giovanni Levi (Milan, 1939) es catedrático de Historia Económica en la Universidad de Venecia. Durante muchos cursos ha impartido docencia en Turín y en Viterbo, así como en diversas universidades europeas, norteamericanas y latinoamericanas. Su nombre está muy ligado a la «Microhistoria», una corriente historiográfica de procedencia italiana, cuyas principales expresiones han sido la colección Microstorie, publicada por la editorial Einaudi, y la revista Quaderni Storici. Y cuyos representantes más destacados, además del propio Levi, son historiadores tan prestigiosos como Edoardo Grendi, Carlo Ginzburg, Carlo Poni, Maurizio Gribauda, Osvaldo Raggio y Angelo Torre. La Microhistoria, una forma de pensar y escribir la historia, ha dado lugar a un amplio e intenso debate no sólo en Italia, sino también en otros países, especialmente en Francia, Alemania y Estados Unidos.

De entre su obra traducida al castellano cabría destacar La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piomontés del siglo xvii (Madrid, Nerea, 1990) y Sobre microhistoria (Buenos Aires, Biblos, 1993). Ha publicado asimismo numerosos artículos, entre los que señalaremos el que se recoge en el libro colectivo compilado por Peter Burke, Formas de hacer historia (Madrid, Alianza, 1993), así como «La transformación de la tierra en mercancía: el caso piomontés (1680-1717)», aparecido en un número monográfico de la revista Hispania sobre el mercado de la tierra (1995), o la panorámica de conjunto de las nuevas aportaciones historiográficas incluida en el libro coordinado por Jacques Revel, Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience (París, Seuil-Gallimard, 1996). Giovanni Levi ha sido igualmente coordinador, junto con J.- C. Schmitt, de la Historia de los jóvenes (Madrid, Taurus, 1996). Actualmente está terminando una amplia investigación sobre la historia del consumo en la época moderna.

Preocupado no sólo por la escritura de la historia, sino también por el uso que se hace de ella, por su fuerte contenido «político», enarbolada como argumento justificatorio o instrumento de legitimación ideológica, pero igualmente con un gran potencial subversivo, capaz de desmantelar las ilusiones historiográficas sobre las que se basan estas mismas construcciones políticas e ideológicas y de crear una memoria crítica, inmune a cualquier intento de adocenamiento, Levi y Jacques Revel han organizado en Nápoles, en enero pasado, un congreso internacional sobre los Usos políticos del pasado, el tema precisamente con el que se abre esta primera entrega de Pasajes.

Giovanni Levi ha visitado nuestro país en numerosas ocasiones. En 1988 participó en Valencia en el I Coloquio Internacional de Historia Local, L'espai viscut, y ha colaborado también en muchas otras iniciativas culturales y editoriales, como la Universitat d'Estiu de Gandia o la revista Taller d'història. En los primeros meses de 1999 estuvo de nuevo en Valencia impartiendo un curso sobre el estado moderno en la Cátedra de Pensamiento Contemporáneo promovida por la Universidad de Valencia y la Fundación Cañada Blanch. Tuvo tiempo entonces para pasearse por la ciudad y visitar una exposición en la catedral, de presupuesto abultado y muy celebrada por las fuerzas vivas locales, La luz de las imágenes, en la línea de lo que han sido en el ámbito castellano-leonés las sucesivas ediciones de Las Edades del Hombre. Levi salió indignado: en lo que se pretendía un compendio ilustrado de dos mil años de historia de la Iglesia valenciana todo era magnificencia y autocelebración, no había habido espacio para la más leve autocrítica ni para los hechos y episodios menos afortunados de tan bimilenaria institución: la Inquisición, la discriminación, persecución y expulsión de los judíos... Hasta la deportación masiva de los moriscos en el siglo xvii se exponía sin el menor comentario contextualizador, tan sólo con documentos de la época que los presentaban poco menos que como maleantes y asesinos. Una imagen que se le ofrecía al espectador actual sin ninguna otra referencia explicativa.



G.L.: Creo que esta exposición era particularmente «deseducativa». Contar conscientemente leyendas al público y en particular a las nuevas generaciones es siempre perverso. Pero además esta era una manifestación más bien tosca de uso político: ocultar aspectos de todos conocidos, mostrar sólo los aspectos positivos de una trayectoria, mezclar obras maestras de gran belleza con imágenes muy secundarias de artistas contemporáneos seleccionados por motivos clientelares más que por algún tipo de relevancia que se les pudiese atribuir, es una opción bastante antigua, escasamente inteligente y muy poco sutil. Ahora bien, el uso político de la historia que se hace hoy en día es bastante más complejo, menos explícito y, ciertamente, más incisivo. Y está ligado a una modificación compleja del uso de los instrumentos de comunicación y de las características de los lectores o de los consumidores de historia.

Creo que habría que partir de aquí: el carácter formativo de las conciencias, la función creadora de los mitos y de las identidades nacionales que la historia ha tenido en particular en el siglo XIX y la primera mitad del XX ha cambiado enormemente. Por un motivo sustancial: hoy al lado de los libros se han multiplicado otros medios de información, más penetrantes en el sentido de que llegan a más consumidores, más puntuales en el sentido de que deben simplificar la información para hacerla más rápida y sintética, más pasivos en el sentido de que se manifiestan mediante eslóganes y en vez de exigir reflexión suministran soluciones, renunciando a la complejidad. Y por tanto ha cambiado el público y el modo de referirse al público: mientras la historiografía académica se hace cada vez más corporativa (sus lectores son en gran parte otros componentes del mismo grupo profesional), la resonancia que puede tener la investigación científica queda en manos de los periódicos o de la televisión, que eligen temas o problemas según fines políticos y según su idoneidad para crear escándalos, para suscitar debates super-



ficiales y, no obstante, cargados, a pesar de todo, de consecuencias políticas.

A.F. / G.M.: La exposición de Valencia no es, desgraciadamente, una excepción ni un caso aislado. Lo mismo se podría decir de las demás demostraciones eclesíásticas, como las ya citadas de Las Edades del Hombre, en las que el elemento más reseñable, mucho más que la belleza de las obras de arte expuestas, es la total ausencia de perspectiva crítica. Su objetivo es precisamente el contrario: el de exhibir con la fuerza de las imágenes la solidez de una trayectoria histórica, el de afirmar y reivindicar con rotundidad esta trayectoria, sin dudas ni fisuras. Pero tampoco esto es algo exclusivo de la Iglesia, aunque sea ella quien más y mejor ha sabido usar y administrar el pasado, maquillarlo o reinventarlo. En tiempos recientes parece asistirse a un masivo reencuentro con el recurso a la historia con fines de legitimación: proliferan los debates sobre la memoria, se discute sobre monumentos y museos históricos, abundan las conmemoraciones de batallas, reinados o episodios históricos. Por no salir de España, hace dos años se «recuperó» la figura de Antonio Cánovas del Castillo, reivindicado por una derecha huérfana o desasistida de referentes ideológicos presentables; el año pasado se «reinterpretó» el desastre de Cuba y el final del Imperio español donde antes nunca se ponía el sol, y el reinado de Felipe II, presentado casi como un humanista y un príncipe del Renacimiento. Hubo mil congresos, mil libros y mil exposiciones para recrear la cara más amable del monarca, para condenar la famosa «leyenda negra», para silenciar o atenuar el papel de la Inquisición, para «contextualizarla»... Este año amenaza el 900 aniversario de la muerte del Cid Campeador; y con él lo más rancio de la historiografía española; el próximo año se cumplirán 500 del nacimiento de Carlos V y tendremos una nueva vuelta de tuerca en la reivindicación de la «modernidad» de la monarquía hispánica... ¿Cómo

«El uso político de la historia que se hace hoy está ligado a una modificación compleja de los instrumentos de comunicación».

interpretar todo este revival, esta sucesión y acumulación de celebraciones? ¿Nos encontramos ante una nueva fase en el uso político de la historia?

■ **Vamos por partes.** En primer lugar, el uso de las imágenes que se hace en este tipo de exposiciones es justamente una deformación del sentido ambiguo que las propias imágenes conllevan: la ocasión conmemorativa, la celebración, resta complejidad al discurso para suministrar una lectura guiada y casi se diría que blindada de las obras expuestas. Justamente una lectura no histórica sino televisiva: invita a los espectadores a un discurso uniforme y obligado. Sin embargo, no subrayaría el aspecto de la legitimación: más a menudo, al menos en el caso italiano, el discurso es el de una deslegitimación universal del pasado. Y la destrucción voluntaria de los valores sociales positivos sobre los que, por ejemplo, se ha construido la Italia republicana después del fascismo. El discurso, tanto de la derecha como de la izquierda, es precisamente éste: somos libres de hacer lo que queramos porque el pasado es todo él sórdido y culpable: los fascistas eran antidemocráticos pero, no obstante, contaron con una sincera adhesión de los italianos. El fascismo tiene muchas culpas pero, no obstante, los «republichini» (los que se sumaron a la república fantoche de Salò) también tenían ideales positivos. Y en la misma vena: la Resistencia se mancilló con muchos delitos, fue dirigida por los comunistas, que tenían a Stalin como modelo, etc. Mejor no elegir, no buscar raíces, identificarse con las mitologías del momento: mercado, neoliberalismo, sistema mayoritario, presidencialismo... nada del pasado podría sugerirnos algo mejor.

Y de esta manera al final el pasado no cuenta: no se legitima sino que se olvida, porque está hecho de males y bienes, y no ha presentado nunca opciones que merezcan ser consideradas como modelos. Es esto mismo lo que se hace a propósito de la Inquisición,

que se utiliza para beatificar al criminal de guerra cardenal Stepinac, antes de llegar a la santificación de Pío XII o de Isabel la Católica. Estos últimos ejemplos me parecen particularmente útiles porque forman parte de un clima, de un ambiente, que es producto de la cultura católica que ha configurado a Italia y a España: una antropología, no una religión, en la que al hombre pecador se le puede perdonar todo y en la que todos somos hijos, niños irresponsables y bajo tutela.

Pero en el caso español hay otra dimensión. España me parece que quiere expresar en estos últimos años una política exterior imperial —un poco según el modelo francés— con respecto al mundo hispanohablante. Así, multiplica sus inversiones en América Latina, pero no sólo en la industria, sino también en la banca y los servicios; amplifica sus intervenciones culturales (por ejemplo, con frecuencia se otorgan los premios Cervantes a escritores latinoamericanos); no escatima manifestaciones de prestigio (como la donación de todo un palacio de cultura a la ciudad de Rosario, en Argentina, obra del arquitecto Bofill), pero tampoco prescinde de actuaciones de orden político (me refiero al caso Pinochet, que me parece bien, pero que ha generado una reacción a menudo negativa en la izquierda chilena y argentina). No me parece condenable esta política, que sin embargo creo que es poco conocida y de la que se discute poco: es la activación de un recurso que la historia ha dejado como herencia a la España de hoy y que hoy se hace particularmente evidente. Con salidas de tono y errores: basta pensar en el pabellón sobre Felipe II conquistador de Portugal en la Expo de Lisboa del año pasado. Y, sin embargo, valdría la pena discutir todo esto, para comprender exactamente su sentido y sus consecuencias. Ciertamente, esto ha implicado un modo altamente positivo y apologético de releer la historia, sobre el que no puedo extenderme aquí, pero que merecería un examen particularizado, especialmente en lo que atañe a sus efectos sobre la imagen y la

identidad de la España imperial, católica y centralizada que sugiere.

En realidad, la cosa no es de ahora. Parece evidente que siempre se ha hecho un «uso político» de la historia: siempre se ha ido a buscar en el relato histórico la justificación de las acciones u omisiones de orden político. Tal ha sido la práctica habitual de gobiernos, estados e instituciones de todo tipo. La «historia» obligaría a proceder de esta o aquella manera, la coherencia con el «pasado» nos marcaría el camino del futuro, y nos exigiría esto o aquello en el presente. Hay incluso todo un léxico a este respecto, y el hecho mismo de llevar registros históricos, encargar crónicas, financiar historias de tal o cual cosa, o construir archivos, obedece a designios políticos. Al fin y al cabo la historia, o mejor dicho, el registro histórico escrito, nació como memoria del poder y al servicio del poder. En Mesopotamia y en Egipto, y también en las sociedades medievales. Incluso los historiadores del Renacimiento continuaban siendo cronistas áulicos, servidores y aduladores del príncipe. La cuestión, sin embargo, sigue siendo cómo se fija y representa el pasado: cómo se construye la historia. Porque no siempre se ha construido igual: no siempre se ha insistido en la veracidad o en la cientificidad, e incluso estos términos no han tenido siempre idéntico significado. ¿Qué papel juega hoy el historiador en este contexto de saqueo interesado del pasado, de uso y abuso de la historia para fundamentar identidades o negarlas al vecino? ¿Y cuál es también su papel en los procesos judiciales en los que es citado a declarar como «perito» en acontecimientos de los que se derivan consecuencias penales?

■ **Justamente.** Pero entiendo que lo que debe observarse es el uso específico de la historia que se hace hoy. En suma, nuestro oficio ha cambiado: no es a los historiadores a quienes se llama hoy para demostrar que la derrota de los serbios en Kosovo en 1389 es la



prueba del derecho de los serbios a exterminar a los albaneses. No son los historiadores a quienes se llama a reconstruir una imagen del pasado, sea verdadera o falsa, como apoyo del poder. Hoy, si acaso, al historiador se le considera un perturbador: alguien que propone complicar lo que se pretende simplificar y reducir a eslogan, a mito, a objeto descontextualizado.

Creo que es oportuno subrayar esto como un aspecto particularmente nuevo y que los historiadores no han percibido todavía: nuestro trabajo ha sido marginado también por nuestra incapacidad para hallar nuevos modos de comunicarnos, de hablar con el público.

Me parece muy ilustrativa en este sentido la reforma de la enseñanza de la historia a la que se ha procedido en estos últimos años en España, en Italia y en Francia. No es ya una historia hecha de problemas, sino una historia de meros hechos, aquello en lo han pensado quienes han considerado útil dilatar la historia contemporánea y reducir a esquemas simplificadores la historia precedente. La historia no es ya objeto de reflexión, búsqueda de continuidad o de cambio radicados en el tiempo. Se ha convertido, más bien, en información sin densidad, en la que la relevancia viene del hecho de ser cercana. Pero ¿se puede entender la Italia de hoy sin comprender sus profundas raíces en la Contrarreforma?

(Tampoco parece que se pueda entender la España de hoy sin concebirla como un producto histórico, sin conocer la diversidad de los reinos peninsulares en la Edad Media y el proceso de centralización y aun de uniformización de los siglos modernos y contemporáneos. Sin conocer el pasado, aun el más remoto, uno podría estar convencido de que las construcciones políticas del presente son eternas y forman parte del orden natural de las cosas...)

Otra cuestión significativa es el uso que se ha hecho de los historiadores en los procesos por crímenes contra la humanidad. Por ejemplo, en el proceso Papon que tuvo lugar

en Francia se llamó a los historiadores como testigos, no como expertos. Debieron, así, dar testimonio, hablar de memoria, por tanto, sin utilizar textos, ni siquiera sus propios libros. Por lo demás en estos casos, en los que la base jurídica es muy discutible y en los que los crímenes cometidos tienen que ver con formas de gestión del poder, en general la batalla de cara a la opinión pública no podía dar espacio a los historiadores, desbordados por el conflicto entre justicia y moralidad y, a la vez, por la ambigüedad derivada de que los hechos se remontan muy atrás en el tiempo y de que se llamaba a los historiadores para reconstruirlos e interpretarlos, pero no para juzgarlos según criterios ni de justicia ni de ética.

Pero queríamos insistir en el papel que juega hoy el historiador con pretensión científica, que trabaja con datos y hechos, que intenta afinar sus instrumentos hermenéuticos, que tiene detrás suyo décadas de debate metodológico, y que se encuentra solicitado por la intervención en procesos muy ligados al presente, por la redefinición de identidades, por las relecturas en clave ideológica del pasado...

■ **Más bien** hablaría del papel que debería jugar. Me parece que la historiografía, como se ha dicho, se ha cerrado mucho en sí misma. Las otras ciencias sociales se han interrogado sobre el papel autoritario o afirmativo del investigador; sometiendo a discusión la visión de éste como observador externo (recuerdo el famoso artículo de James Clifford, «Against ethnological authority»); han puesto a discusión la uniformidad de la vida humana y la permanencia de la identidad (recuerdo *La morte del personaggio uomo*, de Giacomo Debenedetti); han reflexionado sobre la racionalidad y han tratado de formalizar una teoría de la elección y han explorado las posibilidades de razonar en términos formales sobre el comportamiento de las personas; han abandonado una matemática cuantitativa para estudiar las relaciones a través de grafos y las acciones a través de

la teoría de juegos. Pero los historiadores han quedado al margen de todo esto, prisioneros cada vez más de una autorreferencialidad que paulatinamente les ha marginado del debate científico.

Pero al mismo tiempo se ha alterado su papel tradicional de constructores de las mitologías nacionales, que discurren actualmente por otros canales. Y no debe olvidarse tampoco el aspecto económico: periodistas, escenógrafos o actores ganan infinitamente más que los historiadores, cuyos emolumentos no son ciertamente muy elevados y cuyos libros no rinden prácticamente nada.

Así, cuando son convocados a participar en calidad de expertos en estas vistosas ceremonias conmemorativas a las que antes nos referíamos, rebosantes de ideología y de finalidades políticas, su papel, de hecho, no pasa de ser subalterno, ajeno a los proyectos y a las decisiones. Imaginemos que algún político quisiera construir un Museo de la Ilustración ¿Lo habrían decidido y propuesto los historiadores? Serían llamados, en todo caso, como obreros especializados, para disponer las diferentes vitrinas, para vigilar que no se cometan errores de bulto. Halagados con la perspectiva del dinero y la publicidad, se verían fagocitados por unos mecanismos que serían incapaces de controlar.

(Levi no lo sabía, pero en Valencia está prevista precisamente la inauguración, este mismo otoño, de un Museo de la Ilustración, un ambicioso proyecto auspiciado y financiado por la Diputación Provincial.)

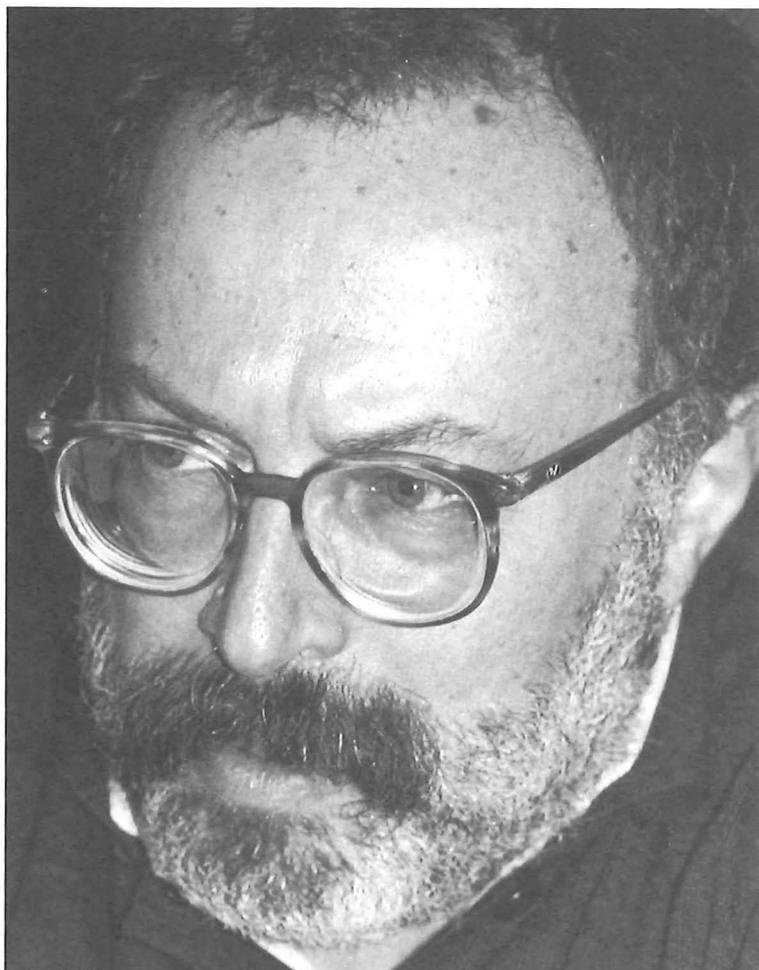
Está claro que la historia constituye un ingrediente peligroso en el cóctel de las identidades y los nacionalismos agresivos. Pero también es un poderoso instrumento liberador. Proporciona un distanciamiento, una actitud crítica. Sin embargo, la historia continua siendo postergada en los planes de estudio o, como en España, se la utiliza como arma de debate político. Se la quiere controlar, fijar de manera unívoca e interesada, porque en la

enseñanza de la historia está también la definición del futuro. ¿Qué papel juega hoy la historia, ante la proliferación de nuevas formas de adquisición de conocimientos más allá y fuera del ámbito escolar y académico? ¿Cuál es el peso del pasado en la construcción de presente? ¿Cómo orientarnos en el complejo escenario europeo y mediterráneo, tan «saturado» de historia, en un momento a la vez de impulso hacia la unidad y de agudización de conflictos que, como en el caso de los Balcanes, hunden sus raíces en el pasado histórico, en la reivindicación de una mítica época esplendorosa que se pretende recuperar? Porque, en definitiva, las guerras de los Balcanes son en buena medida guerras de historia, un ingrediente tan fundamental como la lengua, la cultura y la religión en la definición y legitimación de las identidades étnicas o nacionales. Y tanto la Gran Serbia, como la Gran Albania, la Gran Bulgaria e incluso la Gran Croacia (pero también, aunque se hable menos de ella, la Gran Hungría, que sigue aspirando a recuperar algún día la Transilvania y la Voivodina) se fundamentan en la historia, aunque sean historias enfrentadas entre ellas o correspondientes a diferentes estratos cronológicos. ¿Cuál es el bueno, el válido? ¿Cuáles han sido también las principales conclusiones del seminario de Nápoles sobre los «usos políticos del pasado»?

■ **En Italia y en España** hay una notable clausura nacional de la historiografía: una parte abrumadora de nuestros trabajos se refiere a nuestros países y falta una atención comparativa a las trayectorias de los otros. Partiendo de esta consideración hemos organizado en Nápoles un Centro de Estudios Mediterráneos con el objetivo de poner en relación no sólo sistemas políticos, jurídicos y culturales diferentes, sino también distintos procedimientos de investigación histórica. Y no por casualidad hemos iniciado su andadura con un seminario sobre los usos políticos del pasado. Precisamente en el Mediterráneo el recurso a la his-



toria ha jugado en estos años un papel político fundamental en los conflictos ideológicos. Piénsese en el problema de la construcción de las identidades nacionales y del fundamentalismo en los países musulmanes, en el significado de la historia en el conflicto palestino-israelí o



greco-turco; en la relación entre historia, identificación étnica y religión en los Balcanes; o incluso en el modo en que países como España, Francia o Italia han ajustado cuentas con el fascismo y el comunismo.

Ahora bien, como es natural, no creo que baste con organizar seminarios. Pero siempre es interesante que los historiadores empiecen a interrogarse sobre la crisis de función y de significado de su trabajo. Una crisis, por lo demás, que no nos afecta exclusivamente a nosotros: en general las ciencias

sociales han salido debilitadas y desorientadas de la quiebra analítica y explicativa, del final de los grandes sistemas ideológicos que las habían inspirado durante un siglo y a los que la caída del muro de Berlín ha puesto en evidencia con particular fuerza. Los relativismos y las incertezas han abierto paso a los revisionismos de toda laya. En los que sin duda hay aspectos positivos, pero en los que prevalece también la descontextualización y la apelación a actitudes populistas y pasivas (basta citar a Nolte o señalar la ausencia de un libro negro del capitalismo al lado del libro negro del comunismo) que se resuelven en una aceptación de los poderes de hoy en nombre del olvido de las barbaridades del pasado, como si se hubiesen roto todos los vínculos y como si el pasado pudiera no tener consecuencias. Como si la política, en definitiva, fuese el arte de recomenzar de cero en un vacío que en realidad está repleto de poderes fuertes y de fantasmas del pasado travestidos de doncellas virginales.

Se ha instalado de esta manera un desarme que ha hecho proliferar silencios indebidos e interpretaciones clamorosamente simplistas, abriendo así camino a una relación directa entre un sentido común historiográfico distorsionado y una opinión pública indefensa y privada de una sólida base de conocimiento del pasado. Un ejemplo valdrá por todos, quizá el más ambiguo y clamoroso del uso político de la historia a través de la mediación de los *mass media*: la actitud del papado que condena la guerra y la violencia en los Balcanes pero que al mismo tiempo beatifica a Stepinac, que pretende haberse autocriticado sobre su actuación durante el exterminio de los judíos pero que a la vez pretende beatificar a Pío XII, que declara que la Inquisición debe ser criticada y sin embargo la defiende en nombre de su rigurosa legalidad contra la arbitrariedad de los poderes seculares (pero ¿quién había hecho las leyes que luego seguía con tanto rigor?), que defiende a Pinochet de sus procesos en nombre del hecho de que todos somos

pecadores. Y a pesar de todo la imagen que se construye es la de un Papa justo, crítico de los poderosos, positivamente revisionista de los errores de la Iglesia, moderador del capitalismo en nombre de la solidaridad.

Sin duda, como ya hemos visto, el contexto actual de conflictos con perfiles en parte inéditos, debidos a la precipitación de cambios que han alterado los equilibrios establecidos en la segunda mitad del siglo tanto como los sistemas de pensamiento, ha dado lugar a prolijas reconsideraciones del pasado, en los términos evocados, y al cuestionamiento de la memoria. Se insiste mucho en la memoria histórica, para bien y para mal. Pero ¿cómo afectan todas estas transformaciones a la visión común de la historia y a la historia como disciplina?

■ **Es que ha cambiado** la memoria misma. Muy a menudo se ha contrapuesto simplemente la memoria al olvido, como si la guerra de las representaciones del pasado pudiera reducirse al conflicto entre lo que se elige recordar y lo que se desea cancelar. No por casualidad una gran parte del debate generado por el revisionismo histórico parece haberse sustanciado en la idea de que había que hallar una solución equilibrada para exorcizar los pasados que no pasan a fin de que acaben de pasar: la culpabilización de Alemania por el nazismo, las simplificaciones que habían callado sobre el periodo de Vichy, las que habían considerado el fascismo como un paréntesis ajeno a la historia y a la consciencia de la gran mayoría del pueblo italiano o las que cubrieron con un grave silencio la guerra civil española y el franquismo. El silencio no bastaba: había que lograr la normalización a través de la comparación con otras situaciones y el abandono de la separación maniquea entre positividad de los vencedores y negatividad de los vencidos. Pero el revisionismo no se ha nutrido sólo de hechos contemporáneos. Otros hechos del pasado se presentaban lle-

nos de ambigüedad en la memoria y debían ser retomados para favorecer su olvido. Baste recordar la historia de la petición retrospectiva de perdón por la Inquisición formulada por la Iglesia Católica, que hasta ahora sólo ha producido declaraciones que de hecho vienen a justificar el respeto a las reglas por los inquisidores y su menor severidad en comparación con los tribunales laicos. Ahora bien, no se trata sólo de memoria o de olvido. Se trata también del cambio mismo de la memoria, que se ha convertido en algo diferente a aquella —colectiva o social— en la que se piensa normalmente cuando se hace referencia a la historia. La memoria se ha dilatado hasta producir lo que Bion ha llamado «una obstrucción» que impide la intuición de fenómenos desconocidos: un exceso de memoria es también un exceso de conformismo, una saturación que obstaculiza el juicio y la crítica. Y al mismo tiempo la marcha triunfal de la individualización, de la privatización de la experiencia, ha producido una memoria fragmentada, individualizada. Si la memoria de cada cual no es la de un grupo o la de un pueblo que ha de reconsiderarse continuamente, ya no es historia comunicable sino autobiografía. Ya no es pasado de la sociedad sino miríadas de fragmentos y de objetos separados, de cosas representadas por la imaginación corriente, alimentada por libros, películas y mitos aproximativos. Fatalmente tiende a la simplificación y al estereotipo, producto de una escisión y de una deriva que la memoria opera fatalmente entre las experiencias de personas y generaciones diferentes.

En las dificultades que encuentran los historiadores para hacerse cargo de todas estas transformaciones juega un papel muy importante el cambio en el contexto político mundial. Por banal que sea la observación, el final del mundo bipolar ha generado también una mutación profunda en los temas y orientaciones de la historiografía. Campos enteros de investigación se han extinguido progresivamente (como la historia del movimiento obre-



ro, por ejemplo) y un clima general de incertidumbre se ha instalado en el panorama historiográfico. El final del sistema soviético y la imagen de la economía de mercado como única perspectiva realista de organización institucional, aun prescindiendo de los extremismos neoliberales, han cancelado muchas de las visiones que situaban en el conflicto social y cultural el centro de atención de los historiadores. Las solidaridades sociales que hacían aparentemente automáticos los alineamientos políticos han perdido evidencia. En el debate reciente se han oscurecido los significados alusivos, aunque inmediatamente perceptibles, de izquierda y derecha. De pronto, si no los historiadores, sí el sentido común del pasado, se ha quedado sin referencias y certidumbres, sin valores morales y culturales. Como en todos los momentos de crisis y de reorientación esto tiene naturalmente un aspecto positivo: desaparecen esquematismos y falsificaciones que habían mantenido un poder indebido en la cultura corriente. Pero los daños son también profundos y evidentes, si bien por ahora difíciles de aquilatar por una ciencia sumida en una crisis profunda. Si consideramos el papel que juegan los hechos históricos en el debate político de hoy, se percibe una evidente confusión, una incertidumbre llena de simplificaciones, al amparo del ambiente de dudas y debilidades: localismos y nacionalismos, violencias y desigualdades ocupan los huecos que abre la imposibilidad en que se encuentra la historiografía para jugar el papel civil que le corresponde.

Ciertamente, acabada la ilusión (en el sentido, por ejemplo, de François Furet) nos encontramos que debemos ajustarnos a un mundo más real y humano, sin mesianismos. Pero también la historia, un arma política para dar sentido al mundo del pasado según una lógica del presente, ha perdido bruscamente seguridades. Y esto no incita precisamente al optimismo. No sólo el futuro requiere nuevos instrumentos para su comprensión: mientras potentes formas de poder solidifican su domi-

nio económico e ideológico, también hay que restituir su significado al pasado. El hecho es que el desarme ideológico no es generalizado; sólo una parte ha experimentado una pérdida de sentido. De esta situación desigual se deriva un nuevo y generalizado uso político de la historia ante el que los historiadores se encuentran particularmente indefensos e inseguros. Las bases y el espacio de nuestro oficio han cambiado más de lo que por ahora nos hemos dado cuenta.

Giovanni Levi es, ciertamente, un polemista nato, sumamente crítico y a menudo mordaz. Sus escritos e intervenciones públicas destacan por su lucidez sin concesiones y, con frecuencia, por la defensa de posiciones incómodas. Sigue siendo un historiador comprometido con su oficio, preocupado tanto por la calidad y significación del trabajo histórico como por su difusión y recepción social, lo que cobra especial relevancia en un momento de cambios sustanciales en los instrumentos de comunicación y en la composición del público lector. Levi arremete contra la tendencia cada vez más corporativa de la historiografía académica, encerrada en ella misma y que deja en otras manos –en los medios de comunicación o en las instancias políticas– la visión y el debate sobre el pasado. Una visión que, con harta frecuencia, no busca tanto la legitimación del presente como, por usar sus mismas palabras, la «deslegitimación universal del pasado». Del pasado, lo mejor sería olvidarlo todo, porque todo él es «sórdido y culpable» y no presenta ningún aspecto positivo que merezca ser considerado como modelo. Frente a esta propuesta de amnesia colectiva, se sigue alzando la voz del historiador y su apología de la historia, convencido de que el conocimiento crítico del pasado es el mejor antídoto contra la irracionalidad del presente. Contra las muchas ficciones y quimeras que siguen condicionando y deformando nuestro presente y, tal vez, restando posibilidades al futuro.